

La resurrección de Lázaro

Apuntes de +Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia, para la homilía del domingo 5° de Cuaresma, Jn 11,1-45), (10-4-2011).

I. Cuaresma: un camino para reavivar la fe

1. El Evangelio de los dos domingos anteriores contienen gestos y palabras alusivas al bautismo y al don de la fe. Así, la samaritana que va por agua y, a raíz del encuentro con Jesús, el Mesías, que da el agua viva, busca a sus compaisanos, que vienen a verlo y concluyen profesando la fe en él como el Salvador del mundo. Así también, el ciego de nacimiento que va a lavarse a la piscina de Siloé, y terminó viendo con los ojos del cuerpo y del espíritu, y cree y adora a Jesús, el Hijo del hombre.

2. La escena evangélica de este domingo 5° está en la misma línea. Como en las dos anteriores, hay un encuentro con Jesús, en el que él tiene la iniciativa: «*Nuestro amigo Lázaro duerme, pero yo voy a despertarlo*» (Jn 11,11). Si bien no está el signo del agua, está el del sepulcro, donde yace Lázaro muerto, simbolizado luego en la liturgia cristiana por el agua que cubre el cuerpo del que se bautiza. Está también la resurrección temporal de Lázaro, pálido signo de la resurrección de Cristo y del que se bautiza. Y está, sobre todo, el acto de fe de Marta, expresión de su resurrección espiritual: «*Sí, Señor, creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que debía venir al mundo*» (Jn 11,27).

3. En las tres escenas, el momento culminante es la profesión de fe en Jesús, el Mesías, el Hijo de Dios. De esta manera, estos tres domingos nos preparan a la renovación de las promesas bautismales que haremos en la ya próxima Vigilia Pascual. Ésta no es un rito meramente circunstancial, sino la meta de toda la Cuaresma, e incluso de toda la pastoral de la Iglesia. Todo lo que ésta hace tiene sentido si parte de la fe viva en Cristo y tiende a suscitarla en los demás.

II. "Los demonios también creen, y sin embargo, tiemblan"

4. Hay un tipo de fe que no es la que suscita Jesús: la fe meramente intelectual, por la que uno acepta con la mente los enunciados de la fe, pero no los recibe en su corazón para transformarlos en germen de una vida nueva. Es como la fe del demonio, según explica Santiago a unos cristianos muy ufanos de su fe, pero que no viven conforme a ella: "*¿Tú crees que hay un solo Dios? Haces bien. Los demonios también creen, y sin embargo, tiemblan*" (Sant 2,19). Jesús no vino para aumentar nuestro bagaje intelectual sobre Dios y sus misterios, sino para que le creamos a él con todo nuestro ser, y creyéndole a él tengamos vida eterna.

III. "El que cree en mí, aunque muera, vivirá"

5. Los encuentros de Jesús con la samaritana y con el ciego curado nos muestran a las claras el tipo de fe que él quiere suscitar: fe amorosa en su persona y en Dios su Padre. El encuentro con Marta es particularmente ilustrativo: *"Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Marta le respondió: «Sé que resucitará en la resurrección del último día». Jesús le dijo: «Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá: y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?». Ella le respondió: «Sí, Señor, creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que debía venir al mundo» (Jn 11,23-27).*

IV. La fe, acto integral del hombre

6. Jesús vino a suscitar en nosotros una fe íntegra en él, que exprese la adhesión de todo nuestro ser: sentimientos, inteligencia y voluntad. Como dice el Catecismo de la Iglesia Católica: *"Creer en Dios significa para el hombre adherirse a Dios mismo, confiando plenamente en Él y dando pleno asentimiento a todas las verdades por Él reveladas, porque Dios es la Verdad" (Compendio 27).* Es gracias a esta fe que Jesús puede entrar en nosotros y obrar su salvación. El Evangelio de San Mateo, que leemos este año en los domingos del tiempo ordinario, trae ejemplos preciosos de esta fe: por ejemplo, el caso de la mujer cananea, cuya fe Jesús pondera (domingo 21°).

V. Revisar el estilo de la catequesis

7. Con relativa frecuencia consideramos un aspecto parcial de la integridad de la fe. Miramos más al objeto de la fe que el catequista ha de exponer íntegramente, que al sujeto o catecúmeno llamado a creer con la integridad de su ser. De allí, a veces, la mayor atención prestada a desarrollar el programa catequístico completo que a suscitar en el catecúmeno las actitudes propias del creyente. Tales son, por ejemplo: orar a Dios Padre con espíritu filial, amar a Jesús, perdonar al prójimo, ser bondadoso y servicial con él, soportar con paciencia las adversidades, etc.

8. La exposición íntegra del Catecismo es importante. Pero está subordinada a que el catecúmeno abra íntegramente su corazón a Jesús y a su Evangelio.

Por olvidar este doble aspecto de la integridad de la fe, la Iglesia ha debido llorar *"la aquiescencia manifestada, especialmente en algunos siglos, con métodos de intolerancia e incluso de violencia en el servicio a la verdad" (Juan Pablo II, TMA 35).*

Que no debamos llorar mañana que la gente abandone la Iglesia por ignorar nosotros el arte de abrir el corazón de los hombres a la riqueza del Evangelio de Jesús.